

virse el Profeta para contestar en igual estilo á las sátiras que de Medina, la Meca y otros puntos se lanzaban contra él. Era este un hombre de ingenio, pero falto de carácter, y según nuestra actual manera de ver, el modelo de un periodista oficioso en el peor sentido de la palabra. El escándalo fué en aumento y Mahoma se vió precisado á mirarlo seriamente con sus íntimos. Encontró los pareceres divididos: Alí opinaba resueltamente que se pronunciara la separación contra la tachada esposa; pero otros aconsejaron lo contrario. Finalmente creyó el Profeta que podía convencerse de la inocencia de su esposa; mas para poner término de una vez á toda murmuración debió tomar parte en el asunto el mismo Dios. Al efecto se sucedieron varias revelaciones: una que declaraba la inocencia de Aischa, otra que prohibía bajo la pena de cien azotes aseverar hechos que afectasen á la honra de mujeres casadas y que no pudiera confirmar el acusador por medio de cuatro testigos presenciales. Por otra se mandaba á las mujeres del Profeta que se mantuviesen en sus casas y se les prescribía, así como á las mujeres de todos los demás creyentes, que se cubrieran el rostro con un velo en presencia de los extraños, etc., etc. La nueva ley contra los calumniadores tuvo efectos retroactivos, y así debieron sufrir los azotes algunos de los murmuradores mas significados, entre ellos también el desdichado poeta particular, el cual, sin embargo, tanto por esto como por otras contrariedades que sufrió de parte de Safwan, fué indemnizado convenientemente.

Sabido es cuán difícil es fijar á veces el límite entre el engaño inconsciente de sí mismo y el engaño deliberado de los otros; así pudo muy bien Mahoma haberse figurado realmente que anunciaba la voluntad de Dios cuando dictaba el reglamento de su harem. Para nosotros semejante indigna apreciación de la naturaleza del Altísimo es casi mas repugnante que el engaño consciente, si bien no debemos perder de vista que la idea que Mahoma tenía de Dios no podía ser ni muy elevada ni muy clara dada su particular idiosincrasia. De todos modos, es tan desagradable como característico de los últimos años del Profeta que, si así nos podemos expresar, confundiera frecuentemente sus apetitos con las determinaciones de su Señor: poco tiempo antes se había hecho otorgar permiso, por medio de otra revelación, con no poco escándalo de las personas piadosas, para casarse con Seinab, la hermosa mujer de su hijo adoptivo Seid Ibn Háritha, después que este se hubo prestado voluntariamente á separarse de ella; y después, en las discordias domésticas que no podían menos de ocurrir entre tantas rivales, el mismo Allah tuvo que intervenir con su autoridad alguna que otra vez. Cerramos con esto lo que se refiere á este triste asunto, aunque no sin indicar con algunas palabras mas las trascendentales consecuencias que estos hechos tuvieron para toda la historia del Islam. En primer lugar, Alí, — como ya veremos mas adelante, — debió arrepentirse algunos años después de haberse manifestado contrario á Aischa cuando se discutió su inocencia, y en segundo lugar, las disposiciones adoptadas en este caso por Mahoma determinaron la posición de las mujeres en la sociedad musulmana y, en parte también, la suerte del mundo mahometano. Seria ocioso discurrir sobre lo que habría sido de ambos en caso de no existir estas prescripciones; pero de todos modos, es evidente que el hombre que para la demostración de la infidelidad de su mujer necesita cuatro testigos presenciales, no tiene mas remedio que conservarla encerrada, especialmente en un pueblo que si bien desde antiguo estaba acostumbrado á respetar con severidad el lazo matrimonial, lo estaba también á romperlo fácilmente, y cuyas buenas costumbres debieron muy pronto naufragar en la conquista

universal que emprendió posteriormente. No conozco en toda la historia del mundo demostración mas evidente del tan conocido aforismo «las pequeñas causas producen grandes efectos,» que el hecho de que aun en el siglo XIX permanezcan y deban siempre permanecer doscientos millones de hombres privados de toda la influencia moral del sér femenino, mas noble, porque en el año 625 una muchachuela árabe de catorce años de edad perdiera un collar del valor de unas cuantas pesetas.

Pocos meses después tuvieron los creyentes algo mas grave en qué ocuparse que la consabida historia del collar. Los amistosos Josá informaron hácia fines del año 5 (acaso marzo de 627) (1) que había emprendido el avance el gran ejército de coalición que, por último, habían conseguido reunir los koreischitas. Se componía de 10,000 hombres, entre ellos 4,000 de los Koreis y de sus mas próximos aliados, con 300 caballos y 15 camellos á las órdenes de Abu Ssofyan, el cual tenia también el mando supremo, si se podía decir así dado el celo de los beduinos por su libertad; de todos modos, formaban á su lado los gatafan, con los asad, así como los soleim, grupos de ejército completamente independientes. La marcha fué esta vez bastante rápida, y Mahoma apenas tuvo una semana para prepararse á la defensa. Nadie se atrevía á pensar siquiera en una batalla campal, dada la superioridad numérica del enemigo y en especial á causa de los funestos recuerdos del Ojod. La ciudad era bastante fácil de defender por tres lados, porque las paredes de las casas casi en todas partes se tocaban unas á otras y se podían cubrir fácilmente los pocos huecos que había; y esto bastaba, ya que los de la Meca no disponían de máquinas de guerra. Pero hácia el Norte estaba abierta la población, y una parte del llano debía también quedar dentro de la línea de defensa para que los 3,000 hombres, á que ascendían los musulimes y los «hipócritas» reunidos, tuviesen espacio para acampar. Entre las gentes de Mahoma había un persa llamado Salman, al cual, contrariedades de la vida habían llevado esclavo á Medina, donde recobró la libertad cuando abrazó el Islam. Había corrido mundo, y comunicó entonces al Profeta la extraña estratagema usada en el extranjero, especialmente para protegerse contra los ataques de la caballería, de abrir un ancho foso. Hasta entonces no se había oído hablar de semejante cosa en la Arabia, pero su conveniencia saltaba á la vista; así, pues, todo Medina se puso á cavar con ardor y en seis días estaba terminado un foso que rodeaba por completo el terreno descubierto; de ahí que los combates que se siguieron después alrededor de Medina lleven el nombre de «la guerra del foso.»

Apenas estuvo terminada la obra de defensa cuando aparecieron los aliados frente á la ciudad. Este nuevo y exótico medio de defensa excitó en ellos no menos indignación que extrañeza; echaron en cara su cobardía á los musulimes, pero estos estaban satisfechos de poder considerarse en cierto modo seguros detrás de su foso. No escasearon, por cierto, las tentativas de los infieles para atravesarlo, pero los de Medina hacían guardia continua día y noche. Era un servicio penoso, particularmente porque el principio de la primavera fué de temporal horroroso; pero siempre se logró rechazar con disparos de flechas los ataques del enemigo. Solo una vez cierto número de jinetes de la Meca consiguió pasar por un sitio estrecho que no estaba debidamente vigilado; pero en lugar de conservar sencillamente la posición adquirida y pedir refuerzos lo mas pronto posible, el anciano Amr Ibn Abd, que mandaba aquella fuerza, se dejó arras-

(1) Según el cómputo usual febrero, pero varios incidentes demuestran que debió ser algo mas tarde.

uar á un combate singular con Alí, y cuando terminó con la muerte de aquel, se dieron los koreischitas por satisfechos por el momento y repasaron tranquilamente el foso. Así se fué alargando el sitio con grave detrimento por ambas partes, las cuales sufrían igualmente á causa de los rigores del frío. Los aliados se encontraban en peor situación, porque á su llegada ya hallaron segados los campos de trigo, con lo cual empezó desde luego á dificultarse el abastecimiento: no se había contado con tan larga duración de la guerra. Intentóse, pues, penetrar en la ciudad por otros medios. Y antes se habían anudado relaciones por mediación de los Nadir de Heibar con la última de las tribus judías de Medina, los Benu Koreiza, para su ingreso en la coalición, y á la sazón se reanudaron, pareciendo que caminaban favorablemente. Era lo único acertado que los judíos podían hacer: aprovechar esta ocasión para acabar con Mahoma. No estaban con él en mejores relaciones que lo habían estado sus ya expulsados correligionarios y apenas podían abrigar todavía la esperanza de que respetara mas el pacto que tenía con ellos que lo que había respetado el de sus correligionarios. Su barrio estaba situado al Sudeste de Medina, precisamente en un punto en que la ciudad era mas difícil de defender; así, pues, tenían ellos en sus manos la llave del campamento de Mahoma. A pesar de todo, no pudieron decidirse desde luego á tomar una actitud resuelta, pero acogieron favorablemente las primeras proposiciones de los aliados. El Profeta se asustó en extremo cuando tuvo noticia de estas negociaciones y adoptó en el acto sus medidas. Envió algunos de sus hombres mas significados, tanto de los ans como de los jasradsch, á los judíos para amenazarlos; pero como encontraron en ellos manifiesta malevolencia dispuso lo conveniente para proteger la ciudad, lo cual vino á aumentar el ya penoso servicio del foso. Al mismo tiempo supo ganarse á un hombre sospechoso de los gatafan, llamado No'eim Ibn Mas'ud, que iba y venía entre judíos y aliados, logrando con astucia sembrar la discordia entre ellos, de modo que pronto ya no se fiaban unos de otros y las negociaciones se prolongaron sin resultado. Además, Mahoma se puso secretamente en relación con Oyeina, jefe de los gatafan, y le ofreció por la retirada de su gente la mitad de la próxima cosecha de dátiles de Medina; pero la oposición de sus partidarios, de opiniones mas belicosas, que no quisieron consentir semejante humillación, impidió que se concluyera este pacto. Tantas negociaciones en uno y otro sentido acabaron por hacer desconfiar á los aliados unos de otros; á todo esto, eran cada vez mas violentas las borrascas primaverales: el numeroso ganado de los sitiadores no tenia nada que comer, padecía mucho con el mal tiempo y estaba amenazado de muerte. Los musulimes, por su parte, no cejaban en su vigilancia, de modo que iba desapareciendo así rápidamente toda esperanza de lograr el objeto de la expedición. Una noche los de la Meca, los gatafan y los ssoleim, unos tras otros, tomaron al fin la resolución de abandonar la empresa. A la mañana siguiente se retiraron; Abu Ssofyan escribió una carta grosera al Profeta calificando lo del foso de indigna estratagema de guerra, pero apenas puede suponerse que semejante escrito hiciera impresión alguna.

Esta campaña fué poco sangrienta: solo encontraron en ella la muerte cinco de los creyentes y dos de los infieles, teniendo además cada uno de los bandos un herido grave. Pero tuvo un cruentísimo epílogo: hácia el mediodía de la mañana en que se retiraron los aliados, Mahoma entregó la bandera de guerra á Alí y mandó pregonar por Bilal que la oración de la tarde se celebraría en el barrio de los Koreiza. Cierto es que los judíos en el último momento no se habían atrevido á romper formalmente el pacto; pero sus negocia-

ciones con el enemigo de Medina eran evidentes, y al Profeta le hubiese bastado un pretexto menos importante para deshacerse de los odiados enemigos de su doctrina. Los Koreiza eran valientes, y con sus 600 hombres podían haber intentado abrirse paso en último extremo, pero tal vez pensaron que siempre conseguirían las condiciones otorgadas á los Nadir, y por eso no apelaron por el momento al último recurso; después de algunos parlamentos, se encerraron en su barrio fortificado y se dejaron sitiados. La falta de víveres les obligó á reanudar las negociaciones unos quince días después. Mahoma, sin embargo, exigió entonces que se entregaran á discreción. Su mensajero Abu Lobaba era un ansita y, por lo mismo, antiguo aliado de los judíos; cuando estos le preguntaron si él pensaba que Mahoma les perdonaría la vida, dijo oficialmente: «Sí,» pero al propio tiempo pasó el dedo índice por su cuello. El Profeta se indignó mucho por este acceso peligroso de terrenal sentimiento de lealtad, y el infeliz Abu Lobaba tuvo que hacer severa penitencia religiosa antes de que fuera nuevamente recibido en gracia; á los judíos no les quedaba mas remedio que entregarse ó vender caras sus vidas. Optaron por lo primero, probablemente con la esperanza de que sus antiguos aliados los Ans intercederían por ellos, como dos años antes los kainoká habían sido salvados por los Jasradsch. Mahoma no hubiera podido negarse á ello, para que los Ans no se sintieran postergados á sus antiguos rivales los Jasradsch, á quienes había concedido anteriormente el perdón de los kainoká; pero la destrucción de los judíos estaba decretada en su fuero interno, y para llevarla á cabo halló un medio de verdadera, diabólica perfidia, lo cual no importaba tratándose de estos enemigos de Allah. El caudillo de los Ans, Ssa'ad Ibn Mo'adh, fervoroso siervo de Dios, se hallaba á las puertas de la muerte de resultas de una herida que había recibido durante el sitio; sabía que debía morir y estaba lleno de furor contra todos los que habían estado en contra suya en la «guerra del foso,» y también contra los «traidores» judíos. Esto no lo sabían sus compañeros de tribu, y cuando Mahoma les ofreció que su jefe pronunciase la sentencia de los prisioneros, se dieron por satisfechos. Ssa'ad decidió que los hombres fueran muertos y las mujeres y niños vendidos como esclavos y todos sus bienes repartidos. A la mañana siguiente se cumplió la sentencia: todo el día duró la repugnante carnicería, pues fueron mas de 600 judíos los que sufrieron la muerte por su fe. Uno solo salvó la vida mediante su conversión al Islam; los demás murieron uno á uno dando muestras de un valor heroico, que casi no se les podía suponer después de la debilidad de su conducta anterior. Las mujeres y los niños fueron declarados esclavos; una hermosa judía, Reihana, le tocó al Profeta, el cual la convirtió al Islam admitiéndola luego en su harem. Pocos días después el cruel juez Ssa'ad siguió á sus víctimas al sepulcro.

Para no exponer el proceder del Profeta á un juicio demasiado severo, es mi deber añadir que, según el antiguo derecho de guerra árabe, le correspondía seguramente el de dar muerte á los prisioneros judíos, pues que estos habían capitulado sin condiciones. Lo que en estos sucesos nos afecta tan dolorosamente, la mezcla de crueldad desapiada y de perfidia con el nombre del Altísimo, era sentimiento tan desconocido de Mahoma y de los suyos como del juez católico ó protestante de herejes lo atroz de su proceder cuando en nombre de Dios quemaba los cuerpos de los hombres para salvar sus almas. Aquellas gentes carecían de nervios ó á lo menos no los tenían como las del siglo XIX. A pesar de todo, semejante crueldad no era propia del carácter de Mahoma, el cual, por ejemplo, poco después

introdujo un gran progreso en la civilización de su pueblo prohibiendo mutilar ó martirizar á los prisioneros antes de su muerte; pero ya es sabido que es muy distinto tener delante de sí un hombre ó un judío, y asimismo conocemos los motivos del odio particular que animaba á Mahoma contra los hijos de Israel.

CAPITULO IV

ÚLTIMOS AÑOS DEL PROFETA Y TRIUNFO DE SU RELIGION. DOCTRINA DEL ISLAM

La «guerra del foso» y la destrucción de los koreiza marcan en la historia de Mahoma un cambio análogo al producido por la batalla de Bedr. Si esta le convirtió de fugitivo sin patria en poder militar no despreciable, el resultado negativo de la campaña de la coalición demostró que sus contrarios, aun reuniendo todas sus fuerzas, no estaban ya á su altura, á lo menos en su propio terreno. Así no se esfuerzan siquiera en renovar su tentativa; cada uno procura resistir todavía cuanto le es posible, confiando al propio tiempo en cualquier cambio de la suerte de la guerra, pero casi nada se emprende para la prosecución de la única política prudente, la de la defensa comun. Los beduinos confían en la distancia é inaccesibilidad de sus tierras de pastos, los judíos en la fuerza de sus torres, y los de la Meca procuran todavía defender el territorio sagrado; pero ninguno se atreve á tomar de nuevo la ofensiva: de esta suerte pudo Mahoma ocuparse tranquilamente en atacar aisladamente á cada uno de ellos y destruirlos á todos por turno. Esto lo realizó con la maestría de un consumado político, que libre de todo influjo de pasiones y preocupaciones pesa con fría calma los medios, y sabe ora sofocar con severidad agitaciones peligrosas, ora construir puentes de oro á los adversarios que solo por fórmula se resistían aun. Su táctica para dominar por partes á todas las fuerzas enemigas recuerda la astuta política de la antigua Roma, así como también se ve esta política en el esfuerzo de representar en todas partes cierta grandeza.

En el año 6 (627) le vemos ocupado en disponer desde Medina, sometida ya incondicionalmente á su dominación, expediciones en todos sentidos, para infundir de nuevo respeto á los beduinos de la Arabia central y de este modo asegurar su retaguardia hacia el Este y Nordeste, á fin de poder dedicarse con toda tranquilidad á sus muy queridos y antiguos paisanos del Sur y á las ciudades judías del Norte, distrayéndoles entretanto con todo género de escaramuzas hasta que llegara la hora de acometerles seriamente. Así tenemos noticias de multitud de correrías contra las varias subtribus de los gatafan, asad y hawasin, que por su propia naturaleza conducían menos á grandes triunfos inmediatos que á atemorizar mediatamente á esos vecinos turbulentos. Al propio tiempo es capturada una caravana de la Meca, son sorprendidos y castigados en Fadak los Benu Ja'ad, sospechosos de confabulaciones con los judíos de Heibar, cuyo caudillo Oseir es también traicionablemente apresado y asesinado por uno de tantos hombres siempre dispuestos á aceptar semejantes encargos. Sería muy interesante poseer informes mas exactos de algunas otras expediciones que parecen indicar que ya entonces se ocupaba Mahoma en extender su poderío mas allá de las fronteras de Arabia. Despues que hubo cortado á los de la Meca la vía comercial hacia el Norte, hizo que sus mismos medineses enviaran caravanas á la Siria; y precisamente en aquel año fueron castigados los Fesara, subtribu de los gatafan, porque se habían atrevido á robar una de aquellas caravanas, no muy lejos al

Norte de la ciudad. Poco antes, así lo refiere la tradición, había sido también necesario emprender otra razzia hacia el Norte para vengar el robo de un embajador que parece que Mahoma había enviado á Siria cerca del emperador bizantino Heraclio, ocupado á la sazón en su decisiva campaña contra los persas. Respecto del objeto de la embajada, que probablemente mas bien que al emperador iría dirigida al prefecto de la Palestina, nada sabemos, como tampoco acerca de la relación que con ella pudo tener una expedición que se hizo algunos meses despues hacia Dumat el-Schandal. La población cristiana de este oasis estaba al parecer desde muy antiguo en relación con los elementos cristianos del reino de Hira; con esto concuerda también que su caudillo, aunque perteneciente á la tribu puramente árabe de los Kelb, llevase el título de rey. Parece que esta población se sometió sin resistencia al jefe de los musulimes prometiendo pagar tributo; pero virtualmente solo fué sometido este pequeño país mucho tiempo despues.

Entretanto se acercaba el fin del año 6 (primavera de 628) y con él la época de la fiesta de la peregrinación á la Meca. Debía, como siempre, celebrarse en el segundo de los tres meses sagrados sucesivos, Zul-ka'ada, Zul-hiddscha y Mohawam (1); pero ya en el Zul-ka'ada, durante el cual se verificaba el mercado de Madschanna, solían ir también muchos árabes á la Meca para cumplir la llamada «peregrinación de visita,» esto es, la peregrinación mas pequeña, que estaba limitada á la visita de los lugares sagrados de la misma Meca, mientras que la mayor, el verdadero Hadsch, comprendía la procesión á Arafat y Mina. Poco despues de haber principiado este mes anunció Mahoma á sus creyentes que había hecho en sueños la peregrinación y que le habían sido entregadas las llaves de la Ka'aba; que se prepararan para emprender la peregrinación de visita, no llevando mas armas que la espada, pues que era una expedición pacífica.

Apenas es creible que solo á consecuencia de un sueño hubiese adoptado el Profeta resolución tan grave; no era él ya á la sazón tan ingenuo. Debió de tener alguna razón especial para suponer que los koreischitas respetarían también para con él el principio de que en los meses sagrados era permitido á todos visitar sin ser molestados la Meca y la Ka'aba. Pero la tradición carece de todo indicio acerca de la naturaleza de aquella razón. Cuánto mas era la Ka'aba el centro visible de su comunidad, desde el cambio de la Kibla, y, por lo mismo, su posesión la meta de los esfuerzos de Mahoma, tanto mayor era el interés de los de la Meca en tenerle alejado de los lugares sagrados. Esto debía saberlo el Profeta, y yo no creo que pudiera suponer todavía entonces en sus paisanos el ilimitado respeto á las antiguas costumbres, que él mismo había hecho todo lo posible para arrancar de ellos. Si vemos, pues, que posteriormente entre los hombres principales de la Meca solo se muestran todavía celosos por la continuación de la resistencia los pocos que tenían especial motivo de enemistad personal contra el Profeta, como por ejemplo Ikrima, el hijo de Abu Schachl, muerto en Bedr; que en las negociaciones de que hablaremos luego no representan el principal papel los hombres de Maschum y de Omayya sino los de Benu Ma'isz, subtribu poco importante de los Koreisch; que Abu Ssofyan, antes alma de toda empresa dirigida contra Mahoma, desaparece de la escena de improviso; que poco despues uno

(1) De estos, los dos primeros eran los últimos del año, y el tercero, el primero del siguiente; el cuarto mes sagrado, el Radschab, es el séptimo en orden, el cual, completo, es como sigue: Mohawam, Ssafa, Rabi' I, Rabi' II, Schumada I, Schumada II, Radschab, Scha'aban, Ramadan, Scharrowal, Zul-ka'ada y Zul-hiddscha.

de los principales de los Machsum, Jalid Ibn El-Walid, abraza públicamente el Islam; si vemos todo esto, podría asaltarnos la sospecha de que los mas perspicaces de la Meca debieron de haber reconocido, desde la «guerra del foso,» la inutilidad de proseguir la resistencia y prestado oído á las proposiciones que Mahoma siempre estaba en posición de hacerles por medio de su tío Abbas y de otros. Para acostumbrar á los de la Meca á la reaparición en la ciudad del hombre odiado, se acordaría, acaso, desde luego la asistencia á la peregrinación de visita durante la tregua, pero en el momento de intentar la realización de este acuerdo se manifestarían tan vivamente la indignación de la multitud y el odio de los enemigos personales del Profeta, que por esta vez los mas prudentes no se atreverían á hablar de condescendencias. De todo esto, sin embargo, no hay testimonios, aunque no se puede llevar á mal la tentativa de motivar en cierto modo los hechos que ahora vamos á referir.

Eran aproximadamente 1,500 medineses y aslamitas los que en 1.º Zul-ka'ada emprendieron la marcha hacia la Meca. Llegóse sin incidente alguno,—había empezado ya el mes sagrado,—á Osfan, á unas diez millas al N.O. de la Meca; pero allí recibió el Profeta la desagradable nueva de que los koreischitas, al aviso de su aproximación, se habían movido, así como sus aliados de las cercanías, habían acampado al N. de la ciudad y destacado su caballería muy adelante del camino de Osfan. Para acercarse entretanto todo lo posible á la ciudad, torció Mahoma hacia la derecha, cortó la avanzada de caballería y llegó hasta Hodeibiya, en el límite del territorio sagrado, donde empezaban las posiciones de los de la Meca, y allí estableció su campamento. Los Josa'a, sus antiguos amigos y habituales espías, de los cuales una parte aparece ya aquí convertida al Islam, le informaron minuciosamente de todo lo ocurrido en la ciudad, y de lo cual, por desgracia, no sabemos nosotros lo principal. Por medio de ellos entabló él entonces negociaciones diplomáticas para lograr su entrada pacífica en la Meca. Al principio se presentó enérgico y declaró que en caso necesario no le arredraría tampoco la lucha para llegar hasta la Ka'aba; por lo demás estaba dispuesto á convenir en una larga tregua con los koreischitas, bajo la condición de que en lo porvenir las caravanas de estos últimos podrían circular libremente en todas direcciones, pero reservándose su libertad de acción para con los demás árabes. Fueron y vinieron varios enviados sin que se pudiera llegar á un acuerdo: por último Mahoma envió á su yerno Othman, dando permiso al propio tiempo á algunos otros para que fueran á la Meca á visitar á sus parientes. Othman no encontró en el campamento disposiciones favorables, y juzgó conveniente penetrar en la ciudad para hablar allí con unos y con otros y particularmente acaso con sus parientes de la casa Omayya. Cuando hubieron pasado tres días sin que regresara Othman ni ninguno de los otros, y en cambio empezara á circular el rumor de que los koreischitas habían matado á aquel, la situación se agravó considerablemente. Bajo ningún concepto Mahoma se habría resignado á perdonar el asesinato de un enviado suyo que era además su yerno; así se hicieron prisioneros algunos de la Meca que vagaban por aquellas cercanías y fueron tenidos en rehenes. En esto empezaron los koreischitas que estaban mas próximos á hacer escaramuzas: parecía inminente el rompimiento de una lucha general.

Los creyentes no habían llevado consigo mas armas que sus espadas; además el Profeta les había anunciado que la expedición sería puramente pacífica. En sus compañeros de emigración y en los antiguos ansares podía de todas suertes

confiar, pero no era cosa tan segura que los neófitos se sintieran de igual modo obligados á permanecerle fieles en la imprevista crítica situación. Así, mandó reunir á su gente alrededor de un gran árbol, bajo el cual se colocó él mismo, y les hizo prometer, en la forma acostumbrada, que no le abandonarían. La gloria que despues se atribuyeron los que tomaron parte en este homenaje del «buen agrado» (1) demuestra claramente con cuánta exactitud se juzgó entonces lo grave de las circunstancias. Con todo, los koreischitas tampoco tenían gran interés en una lucha, cuyo desenlace no era fácil de prever, dado el arrojado desespere de los musulimes; así, enviaron ellos mismos á Soheil Ibn Amr, de la casa Ma'is, con otros dos, para convenir los términos del acomodamiento propuesto por Mahoma, con la condición de que este y los suyos se retirasen por aquel año, pero que en el siguiente les sería permitida la entrada en la Ka'aba durante tres días. Cuando esta condición llegó á conocimiento de los musulimes, los celosos, con Omar á su cabeza, se enfurecieron, y poco faltó para que negaran toda obediencia á Mahoma. Este necesitó valerse de toda su autoridad para poder llevar á buen término la negociación sin perturbaciones violentas y sin riesgo de los enviados. Excitó, sobre todo, la indignación de los creyentes que cuando se fué á dictar el convenio los koreischitas se negaron á encabezarlo con la fórmula musulímica «en nombre de Allah clemente y misericordioso» y á designar á Mahoma como el «enviado de Dios;» y desconocieron por completo á su Profeta cuando hizo tranquilamente señal á Alí, que en aquella ocasión hacía de escribiente, para que satisficiera la exigencia de los infieles. En realidad, aun independientemente de esto, aquel notable documento, tal como quedó ultimado, era de tal naturaleza que debía ofrecer grave reparo hasta á hombres que pensaran mas friamente, porque era como sigue:

«En tu nombre, ¡oh Allah! Estas son las condiciones bajo las cuales Mahoma, hijo de Abdallah, hace la paz con Soheil, hijo de Amir. Han convenido en suspender la guerra entre los interesados durante diez años, en los cuales los interesados de ambas partes deberán gozar de seguridad y dejar el uno al otro en paz, con la condición de que cuando uno de los Koreis vaya á Mahoma sin permiso de aquel que tenga legítima autoridad sobre él, Mahoma lo entregue á los Koreis, pero cuando uno de los que rodean á Mahoma vaya á los Koreis, no estén ellos obligados á entregarlo. Además deberá existir entre nosotros verdadera lealtad y no emplear secreta hostilidad ni perfidia. Además, cuando uno (de las demás tribus) quiera hacer pacto y alianza con Mahoma, podrá hacerlo, y cuando uno quiera hacer pacto y alianza con los Koreis, podrá hacerlo. Además, deberás tú (2) este año desocupar nuestro territorio sin venir á nosotros á la Meca. Además, cuando haya terminado el año desocuparemos (la ciudad) antes de tu llegada; entonces tú podrás entrar con tus compañeros y permanecer allí tres días, con las armas de aquel que está en viaje, las espadas en las vainas, y no podrás entrar con otras (armas).»

Cuando despues de firmado el documento se retiraron los de la Meca, mandó Mahoma sacrificar las reses que se habían llevado al efecto y proceder á la tonsura del cabello, como era de costumbre al terminar las ceremonias de la peregrinación. Esto implicaba el reconocimiento de que aunque esta vez se había impedido la visita de los lugares sagrados, la peregrinación quedaba cumplida según su íntimo sentido religioso. No es, pues, de extrañar que hasta aquellos que se habían acostumbrado á edificar como sobre roca en toda pa-

(1) Esto es, el agrado que Dios tuvo en ello.

(2) Así está en la tradición; fueron, pues, los de la Meca quienes dictaron el convenio á Alí.